

muerte, recobra fuerza y virtudes para seguir peregrinando hácia su patria.—Y, pues esto es así; pues que nuestra jerarquía sobre la tierra consiste precisamente en vivir fuera del tiempo que se cuenta y del espacio que se mide; pues que los ídolos de barro, las beldades del mundo, nuestras inspiraciones y nuestras obras pasan ante la Eternidad *sicut nubes, quasi aves, velut umbra*; pues que nosotros mismos somos huéspedes de un día en este pobre globo que se disputan la luz y las tinieblas..., á tal extremo ¡ay de mí triste! que al entrar hoy aquí (aunque tan temprano me habeis llamado), no me aguardan ya los brazos de aquel que amé con filial cariño y cuya sombra amiga todos me recordais (1) (como tal vez muy pronto sólo quedará una vaga memoria de mi paso por esta Comunidad); pues que sueño es la vida, humo leve la gloria, nuestras bellezas ilusión, litigios nuestras verdades, y único bien duradero la esperanza de lo absoluto, considerad, señores, si hay razon y fundamento para que, desdenando los ideales finitos, y buscando digno término remoto á nuestras obras, nos elevemos á la contemplacion del Eterno Sér en quien juntamente residen la Suma Verdad, la Suma Bondad y la Suma Belleza.

He dicho.

(1) D. Nicomedes Pastor Diaz.

CONTESTACION

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. CÁNDIDO NOCEDAL.

SEÑORES:

Un ilustre compañero nuestro, que goza ya de mejor vida, procuró en bellissimo libro, á que puso por nombre *La Mujer*, llamar la atención sobre el incidente de mayor importancia en las tertulias; tan grande por lo ménos, dice, como la entrada de cualquier individuo nuevo en una corporacion: la presentacion de un nuevo tertuliano.

Sucede con mucha frecuencia, añade, que el presentado suele tener en la tertulia donde se le presenta más profundas simpatías que el cándido presentante. Ni más ni ménos sucede en el caso de hoy. Yo, que presento al señor Alarcon ante la Academia Española, no he podido aún, al cabo de diecisiete años trascurridos desde que tomé asiento en sus preciados sillones, ni justificar mis títulos, ni siquiera caer en la cuenta de por qué esta sábia corporacion me abrió sus puertas. Y héme aquí, cándido presentante en ella de uno que las tiene de par en par abiertas, porque los sufragios de sus compañeros se han ceñido á reconocer grandes merecimientos pregonados por todas las personas competentes, y por la general y bien adquirida fama. La Academia Española en este día, como

en muchos otros, reconoce y declara, ó si se quiere sanciona, lo que el público y los doctos unánimemente han decretado, es á saber: que el ingenioso autor de *La Alpujarra* y *El escándalo*, y del drama intitulado *El hijo pródigo*, y de *El suspiro del moro*, y del precioso cuento *El sombrero de tres picos*, y de tantas otras composiciones en verso y prosa, todas agudísimas y llenas de inspiracion y de gracia, es digno, dignísimo de sentarse entre los próceres de las letras españolas, para que los ayude á cumplir los patrióticos fines de su instituto.

Así, de hoy en adelante, la Academia, que ve mermaidas sus gloriosas filas con pérdidas nunca bastante lloradas; que echa de ménos á hombres como Angel Saavedra, duque de Rivas, el cual bondadosamente me apadrinó á mí en ocasion idéntica por recuerdo cariñoso de haber derramado su sangre hidalga al lado de mi buen padre en la guerra de la Independencia; y como Breton de los Herreros y Ventura de la Vega, y Pidal y Donoso, y Aparisi y Catalina; la Academia, digo, que tiene ahora mismo el buen gusto y la honda pena de considerar como presente al insigne Hartzenbusch, ausente por enfermo casi todos los dias en que celebramos junta, contará con la ayuda inteligente y vigorosa de Alarcon para cultivar y fijar la elegancia de la lengua castellana, para formar un arsenal precioso de estudios crítico-literarios, históricos y filológicos, que sirvan de guía, enseñanza y deleite á los estudiosos; y para fomentar las letras, ya juzgando con acierto en los certámenes, ya informando con recta imparcialidad al Gobierno sobre las obras dignas de su apoyo y proteccion, ya enseñando con el ejemplo de las suyas, bien pensadas y elegantemente escritas.

Lo que no todos saben, y merece saberse, es que el Sr. Alarcon ha cursado con fruto la primera y más alta de

todas las ciencias, la que se adorna con el cándido color de la pureza, la que trata de Dios y de sus atributos, la sagrada Teología. Su presencia en la Academia Española es útil, no sólo como hijo predilecto de las Musas, sino como entendido en el ramo del saber que hoy, por desgracia, halla ménos cultivadores en esta corporacion. Viene, pues, de una parte, nuestro nuevo compañero, en auxilio de los grandes escritores que pueblan estos escafios; y de otra, á compartir las faenas del P. Fernandez, docto y elocuente académico de número, y de nuestros renombrados correspondientes, el Sr. Benavides, Patriarca de las Indias, el Sr. Monescillo, Obispo de Jaen, autores uno y otro de oraciones fúnebres en las honras de Cervantes que acrecentaron, si es posible, su justo renombre; y el R. P. Fidel Fita, en cualquier linaje de estudios profundísimo, sabio á toda ley, no de aquellos de similor que engañan á la ciega muchedumbre, modesto y generoso: lo cual no maravilla á los que conocen que es soldado de la santa milicia fundada por San Ignacio de Loyola, gloria de Guipúzcoa, honor de España, admiracion del mundo, y regocijo del Cielo.

Cuando se enaltece á un orador cuyas palabras se ha llevado el viento, queda lugar á la desconfianza y á la duda; con especialidad ahora que todos son oradores de nota á los ojos de su partido. Pero con Alarcon no pasa esto: ahí teneis sus excelentes obras, dadas á la estampa; ahí está el discurso que os ha leído, impreso, para que no os dejéis llevar de fugaces juicios apasionados. Ahí teneis esa oracion gallarda, en que noblemente se vuelve por los fueros de la bella y verdadera literatura, reclamando el dictado de obras excelentes del ingenio para las que confiesan á Dios, para las que rinden culto á la virtud, para las que enaltecen al hombre, dotado de alma inmortal,

hecha á imagen y semejanza de su Criador omnipotente.

Dice muy bien el Sr. Alarcon: es aborrecible eso que se llama el arte por el arte. No se puede tolerar, no se debe consentir, ni en artes ni en letras, la preocupacion impía y salvaje de la forma por la forma misma, de la forma como objeto, como fin único ó esencial de letras y artes. No; eso no es arte ni literatura; eso es iliterario y antiartístico. Quien acaricia la insensata pasion de hacer admirar en sí misma una forma artística, y producir efecto exclusivamente por la forma, ese destruye la primera condicion del arte, la cual no es otra que la expresion de la idea. El que rebaja las letras al humilde terreno del *realismo*, hoy al uso, mutila al hombre, decapita su personalidad, y convierte el cuerpo, no en cárcel, sino en tumba del alma. Bueno es—¿quién lo duda?—que el cuerpo esté sano, y aún mejor si parece hermoso y bien proporcionado; pero el alma es la destinada á la suprema belleza, á la angelical hermosura, á los esplendores de la inmarcesible gloria perdurable. Lo mismo sucede en las artes: sus producciones han de tener espíritu y cuerpo. Cuidese en buen hora el cuerpo, la forma, la expresion: reconozco su valor, y un valor no así como quiera grande, sino muy importante; pero la idea es lo principal, la forma su sierva, dócil y sumisa, sin la necedad y locura de pretender erigirse en señora; sierva que sabe cumplir con su obligacion esmerándose en que la idea á quien sirve sea simpática, agradable, bien recibida por todos en todas partes, distinguiéndose en la limpieza, galanura y buena disposicion. La señora manda y dirige; es Rey que reina y gobierna: la forma es un ministro de ineludible responsabilidad cuantas veces no acierte á abrir paso fácil, llano, agradable y simpático á la reina y señora á quien presta vasallaje.

En nada se ve con tan grande claridad esto como en la oratoria. Supongamos que una gran idea, profunda, luminosa, civilizadora y aún salvadora, sabe hallar su defensor y propalador en un hombre elocuente: la idea será comprendida y aplaudida por la muchedumbre; el mundo deberá su salvacion á la idea, y la idea su pronta y rápida popularidad al orador elocuente: la forma fué hasta allí un servidor que cumplió bien y fielmente su obligacion más sagrada. Supongamos ahora que la idea ocurrió á un hombre de palabra difícil y aún soñolienta, y que el auditorio le vuelve la espalda huyendo el fastidio que se había de convertir en invencible modorra. La idea seguirá siendo hermosa y salvadora, pero sin cuerpo donde encerrarla y hacerla sentir y amar del público. En el primero contemplamos al gran orador: en el segundo echamos de ménos algo, mucho, para otorgarle aquel nombre. Pero todavía, así y todo, puede ser útil al género humano, porque si le llega á entender (que si llegará si la idea es verdaderamente buena) algun orador cumplido, y se la apropia, y la explica y la hace amable, el mal encontró afortunadamente remedio. Mas suponed ahora un hombre que dé al viento *palabras, palabras, palabras*, que suenen bien y nada enseñen en substancia. Este tal, aunque se haga aplaudir, que no se forje ilusiones jamás: ni es gran orador, ni sigue las tradiciones del arte cultivado por el saber y el ingenio verdadero desde las edades más remotas. Le aplaudirían como se aplaude un bien acondicionado instrumento ó á un hábil instrumentista. Pero un instrumentista, un mero instrumentista, no es Mozart, no es Bellini, no es el gran compositor, no es el gran músico, no es el creador sublime de belleza; como el forjador de resonantes y verbosos períodos, no es, por solo esto, grande orador. Y si no, que lo ponga á prueba: el orador insigne convence, con-